

El Accitano.

PERIÓDICO

CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE INTERESES GENERALES DE GUADIX Y SU PARTIDO.

SENTENCIA CONTRA JESUCRISTO.

Archivo general de Simancas.—Negociado de Estado.—Legajo 847,—y de Roma, 1.º

Copia de la sentencia que dió Pilato contra Cristo Nuestro Señor, la cual se halló en la ciudad de Aquila, (Abruzo), por los años 1550, entre las ruinas marmóreas de un templo, donde se hallaron dos tubos de hierro, y en uno de ellos escrita en pergamino con caracteres hebreos, la siguiente carta, que se interpretó de la manera siguiente:

«En el año XVII de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo monarca invictísimo, en la Olimpiada CXXI: edad XXIV, y de la creación del mundo, según el número y cuenta de los hebreos cuatro veces MCXLVII: de la propagación del imperio romano el año LXXIII: del rescate de la servidumbre de Babilonia el CDXXX; y de la restitución del imperio sagrado el año CDXCVII: siendo cónsules del pontífice romano, Lucio Pisano y Marcio Saurico pro-cónsules del invicto Valerio Palestino, gobernador público de Judea y regente y gobernador de la ciudad de Jerusalem Flavio cuarto su presidente gratisimo.

«Poncio Pilato, regente de la Baja Galilea herodiana, antipatriarca y pontífice del sumo sacerdote Anás y Caifás; Alés Maelo, maestro del templo: Rabahan Ambel, centurión de los cónsules romanos y de la ciudad de Jerusalem, Quinto Cornelio Sublimio y Sexto Pompilio Rufo, á los XXV de marzo.

«Yo Poncio Pilato, representante del imperio romano en el palacio de Laschi, nuestra residencia, juzgó, condeno y sentencio á muerte á Jesús, llamado Cristo Nazareno, de la turba de Galilea, hombre selicioso de la ley mosaica contra el gran emperador Tiberio César, determino y pronuncio, en razón á lo expuesto, que sufra la muerte clavado en la cruz, á usanza de los reos, porque habiendo congregado muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de mover tumultos por toda Galilea, fingiéndose hijo de Dios y Rey de Israel, amenazando la ruina de Jerusalem y del sagrado imperio, y negando el tributo al César; habiendo tenido el atrevimiento de entrar con palmas y en triunfo acompañado de la turba como rey dentro de la ciudad de Jerusalem en el templo sagrado.

«Por tanto, mando á mi centurión Quinto Cornelio, que conduzca públicamente por la ciudad de Jerusalem á ese Jesús Cristo, amarrado y azotado, vestido de púrpura, y coronado de espinas punzantes, con la propia cruz acuestas, para que sirva de ejemplo á todos los malhechores, y que lleve con él á dos ladrones homicidas: todos los cuales

saldrán por la puerta Giancarola, llamada hoy Antoniana, é irán hasta el monte de los malvados, que se dice Calvario: donde crucificado y muerto, quede el cuerpo en la cruz para que sirva de espectáculo y ejemplo á todos los criminales: y en la dicha cruz se le pondrá el siguiente letrero en tres lenguas, hebrea, griega y latina: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*.

«Mandamos asimismo, que ninguno de cualquier clase que sea, no se atreva temerariamente á impedir esta justicia por nos mandada, administrada y seguida con todo rigor, según los decretos y leyes de los romanos y hebreos, bajo la pena en que incurren los que se rebelan contra el imperio. Confirmaron esta sentencia por las doce tribus de Israel, Raban, Daniel, Raban segundo, Joan, Benciar, Barbas, Isabec, Presidan. Por el sumo sacerdote, Raban, Júdas, Boncalason. Por los fariseos, Rolian, Simón, Daniel, Braban, Mordagin, Boncestassilis. Por el imperio y presidente de Roma, Lucio Sistilio, Amostro Silio, notario público del crimen. Por los libres, Nastan, Restenan.

NOTA.—«La preinserta sentencia es copia literalmente traducida de la que se halla escrita en italiano, custodiada en el mencionado real y general archivo de Simancas, comprendida en el negociado y legajos ya expresados en las primeras líneas: la cual es de presumir que vino remitida de Italia á la majestad de Felipe II, por cuanto la mencionada copia italiana se encuentra entre los papeles mas importantes de Roma, correspondientes á aquel reinado. Y porque no haya lugar ni ocasión de permitirse la mas ligera duda sobre la autenticidad actual del expresado documento, al crédito que pueda inspirar mi nombre, la remito así como tambien á las partes citadas del mencionado archivo general del reino donde la he hallado y pueda confrontarse.

José Ferrer del Coulo.

Á Judas.

Cuando el horror de su traición impía del falso apóstol fascinó la mente y del árbol fatidico pendiente con rudas contorsiones se mecía,

complacido en su misera agonía, mirábase el demonio, freute á freute, hasta que ya, del término impaciente, de entrambos piés con ímpetu le asía.

Mas cuando vió cesar del descompuesto rostro la convulsion trémula y fiera, señal segura de su fin funesto,

con infernal sonrisa placentera
sús labios pusc en el horrible gesto,
y el beso le volvió que á Cristo diera.

Juan Nicasio Gallego.

La semana Santa.

JUEVES.

En la misa solemne de este día, están recopilados todos los misterios de nuestra redención; en el introito la Cruz; en la epístola el Santísimo Sacramento; en el evangelio la humildad de Jesús; y en el ofertorio su resurrección gloriosa.

En los primeros años del Cristianismo, decíase la Misa al anochecer para representar la Cena del Señor; más esta costumbre duró poco, estableciéndose la ceremonia tal como hoy se usa, prohibiéndose las Misas particulares por Clemente XI.

Los ornamentos son blancos, porque en este día se instituyó el Santísimo Sacramento del Altar, que como dice San Pablo (Paul ad Hebr. cap. I), es la misma blancura de la luz eterna en la Gloria.

El Papa Bonifacio mandó que en esta Misa se cantara el «Gloria» con gran solemnidad, repicándose las campanas en momentos de alegría. Representa el silencio de las campanas después del Gloria hasta el sábado santo el silencio de los Apóstoles, que callaron al morir Jesús.

Léese en este día el Evangelio de San Juan, y no se dá paz en memoria, esto último, del ósculo sacrílego de Judas.

Conságrase en las catedrales el Santo Oleo y Crisma, porque la Santa Pasión de Jesús da virtud á todos los Sacramentos contra todos los pecados para unir á la criatura con el mismo Dios.

La ceremonia hácenla los obispos asistidos por doce sacerdotes que sean si es posible párrocos, para representar mejor los apóstoles, y siete diáconos y siete subdiáconos.

Terminada esta ceremonia, organizase la procesión al monumento.

Simboliza este dos cosas: «la primera la prisión y cárcel donde estuvo el Señor, sin poderle ver los suyos; la segunda, el sepulcro nuevo donde fué depositado, y de donde resucitó glorioso, triunfando de sus enemigos.»

La urna donde se deposita el Santísimo Sacramento, no puede sellarse como en otras

épocas se hacía, según resolución de la Sagrada Congregación de Ritos, de Diciembre de 1844, y la llave con que se cierra, la misma Congregación tiene prohibido desde 30 de Junio de 1616 que puedan llevarla legas seculares.

Terminadas las vísperas, que se dicen luego de concluida la procesión, se desnudan los altares, en representación de que Cristo fué desnudo en el Calvario.

MANDATO.

Esta ceremonia tiene su origen en los mismos hechos y palabras de Jesús, y es de precepto, según declaración del Concilio Toletan. (in cap. 13).

El divino Maestro lavó los pies á sus discípulos y mandóles hicieran ellos lo propio: «Vos debatis alter alterius lavare pedes...»

Antiguamente, lavabanse los pies los que se habían de bautizar; pero el Concilio de Ilberis prohibió la costumbre (canon 48).

El Lavatorio y Mandato, tal como hoy se observa, lo ordenó San Gregorio, papa el Grande, á quien refiérese aconteció el siguiente prodigio.

Habíase dispuesto comida para doce pobres, y estando para comer, repentinamente se hallaron trece, que fué un ángel del cielo, porque concluida la comida desapareció. Este prodigio se conserva pintado en Roma en el templo del mismo Santo Pontífice, con estos dos versos:

Bissenos hic Gregorius pascebat agentes
Angelus et decimus tertius accubuit.

Terminado el Lavatorio, dícese el Sermon del Mandato.

MAYTINES.

Simbolizan los Maytines las profecías y los Profetas que vaticinaron la muerte de Jesús.

En las Lamentaciones, llora Jeremías la ruina de Jerusalem y pide á Dios perdón por sus pecados, ofreciendo que ha de ser otra su vida, muy quieta y silenciosa: «Sedebit solitarius, et faciet...»

Las lecciones están inspiradas en los Salmos de David.

Terminadas las Lamentaciones y Tinieblas, cántase el «Miserere», acerca de lo cual hacemos párrafo aparte.

El «Miserere» de Palacios, no es una obra que pueda citarse como modelo de combinaciones rítmicas, de instrumentación, ni de contrapunto. Escrita con las más sublimes sencillez, ciñese en todo á los admirables versículos de David, y su cualidad predominante es la inspiración, el fervor religioso, el carácter de tierna súplica del pecador hacia Dios.

En conjunto, resulta una obra tan hermosa, que es imposible escucharla sin conmovirse; imposible oír el «misericordiam» del versículo primero, sin que esa sublime palabra dicha en música por Palacios como jamás genio alguno la concebió, salga del corazón á los labios, envuelta en todo un acto de verdadero arrepentimiento.

La obra de Palacios es digna de todas partes donde se crea acertadamente, que la música religiosa ha de inspirarse en la severidad, en la sencillez, en la sublime grandiosidad que envuelve el divino drama del Calvario.

LAS ESTACIONES

Visítanse las iglesias rezándose las estaciones en recuerdo de los pasos que Jesús dió la noche que le prendieron.

La costumbre es antiquísima. Dice el visconde Walsh en sus «Fiesta cristianas», que «los caballeros dejaban en otro tiempo la espada, y las damas nobles iban con los pies desnudos por las calles para aquel acto piadoso».

Los siete dolores de María.

Apenas el lucero matutino
aparece en la bóveda azulada,
dejan José y María su morada
llevando en brazos á Jesús divino.

Las flores que guarnecen el camino
se yerguen para verlos de pasada,
y ellos siguen su marcha acelerada
sin presentir lo triste de su sino.

¡Oh, templo de Sión! Yo te saludo
con voz ferviente, de suspiros llena,
y ante tus gradas me prosterno mudo;
que hoy en tí se consuma la alta escena
en que, á la voz de Simeón, sacudo
el primer eslabón de mi cadena.

Obedeciendo celestial aviso,
con alma triste y con el cuerpo yerto,
la Sagrada Familia huye al desierto,
sin prepararse ni lo más preciso.

En su curso anhelante ó indeciso,
siempre á sus ojos el abismo abierto,
cuando en su rudo padecer más cierto,
exclama resignada:—«¡Dios lo quiso!»

¡Flor la más delicada de las flores!
¡Oh, Virgen! ¿Cómo pueda tu ternura
sufrir de tanto daño los rigores?

Mas ¡ay! el cáliz con valor apura...
¿Qué sería sin esos tus dolores
de la vil miserable criatura?

—¿Habéis visto al Amor del alma mía?—
pregunta á todos con afán prolijo
al verse sola, sin su amado Hijo,
la tan afligidísima María.

Un vértigo de amor sus pasos guía,
y busca por doquier, sin rumbo fijo,
y no hay calle, ni plaza, ni escondrijo
que no escurriese en su horrible agonía.

Sapientísima y alta Providencia:
¿dónde está Jesús que no oye tanto duelo?
¿qué lugar santifica su presencia?

Vedle en el templo: espere con anhelo
las primeras semillas de una ciencia,
que puede hacer de nuestro mundo un cielo.

Todo inspira doquier duelo y pavor;
el sol que apenas arde, el triste acento
del aire enrarecido, y el lamento
de Jesús en la calle de Amargura.

Rompiendo de la tumba la espesura,
ya casi sin color y sin aliento,
cual paloma impelida por el viento
corre hácia el Salvador la Virgen pura.

Anhelosa lo llama á su regazo,
y, aunque á entrambos el paso se les cierra,
al fin se funden en estrecho abrazo;
y el miserable pecador se aterra,
sin saber que ese nudo es un abrazo
que se dan los cielos con la tierra.

¿Cómo podrá expresar mi pobre lira
con fleas vibraciones el quebranto

de la Madre de Dios tres veces santo,
que abrazada á la Cruz hondo suspira?

Nube de horrores por la mente gira
y baja al corazón trocada en llanto,
y, al querer entonar fúnebre canto,
sobrecitada la razón, delira.

¡Oh! de Dios y los hombres santa Madre:
plegue a tu sacratísimo derecho
que tu negra aflicción á mi alma cuadre,
y que en mi llanto abrasador deshecho,
la misma espada que te hirió, taladre
la parte más sensible de mi pecho.

Cubre negro crepón el firmamento;
ríen los mundos infernal batalla;
embravecido el mar rompe la valla,
y silba desatado y rudo el viento.

De las piedras escúchase el lamento;
el trueno airado zumba, el rayo estalla,
y, temblando la Cruz en que se halla,
lanza el Hijo de Dios su último aliento.

En medio del desorden y la muerte
preséntase la Madre dolorida;
y en sus brazos recoge á su Hijo inerte;
y lo oprime, y lo besa estremecida
cual si le fuese dada tanta suerte
que pudiera otra vez darle la vida.

¡Ya no existe Jesús! Pesada lesa
aprisiona sus lívidos despojos,
¿Y María? Doquier lanza sus ojos
halla la soledad más espantosa.

Al ver tal duelo, la encendida rosa
temblando oculta sus colores rojos,
y al presenciar el ave sus enojos
pliega el vuelo y se oculta silenciosa.

Todo ofrece señales de tristeza:
desde el negro crepón del firmamento,
hasta el verde tapiz de la maleza.

Se oye con voz sin timbre este lamento:
—Si así siente la gran Naturaleza,
¿cuál será de María el sufrimiento?

Ecos fugaces de la selva anubria;
murmillos de arroyuelos bullidores;
suspiros de canoros ruiseñores;
confusas notas de la mar bravía:

Los que auxiliásteis á la lira mía
al cantar de la Virgen los dolores,
recibid de mi pecho los favores
que os devuelvo dichoso en este día.

Tú, Madre celestial, a cuyo manto
se acogió el triste trovador sincero,
recibe con amor mi pobre canto:

yo, en la empresa, feliz me considero;
pues si pensé morirte al ver tu llanto,
eterna vida por tu llanto espero.

Cayo Aél.

JERUSALEM!

I.

ANVERSO.

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Perla de Judea; emporio
de la civilización; reina y soberana de los mundos;
rosa perfumada de aquellos apretados bosques por-
blados de cedros centenarios, de granados y nopa-
les, de naranjos y limoneros; cuna de Dios Hombre;
archivo de la humanidad; magnífica entre las mag-
níficas, grande la más grande, sabia la más docta;
cuyas enseñanzas propagan los más patéticos idio-
mas; entre cuyas cien torres enhiestas el rey más

La Cruz.

sabio edificó tu templo, asombro de las generaciones; desde cuyas cúpulas se ven los abismos del mar Muerto y las crestas peladas de la Arabia, y se perciben los confusos ecos de las grutas y el murmullo de los torrentes...

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Corona de Judea, asentada sobre el Acra, Sión y Moriach; refléjanse tus minaretes en los transparentes remansos del Jordán; fuiste un día raudal de inspiración de un sentimental y sublime poema, sencillo como el candor de una virgen, puro como la espuma de un remolino, dulce como las melodías celestiales, delicado como las áuras de tu campiña, patético como voz perdida de lamentación.

¡Bendita seas, sultana de Sión!

De tu suntuoso templo salieron los acentos de leyes sapientísimas; en tus espaciosos recintos resonó vibrante la divina palabra, que dejó perplejo al concurso de los grandes doctores; por las espaciales calles de tu perímetro vaga la muchedumbre cosmopolita, atraída por la grandeza de tu rey, por la ciencia de tus sacerdotes, por la fertilidad de tus campiñas, por los aromas de tus florestas, por las áuras de tus bosques, por la ambrosia de tus frutos y por las aguas regeneradoras del Jordán.

¡Bendita, bendita seas, Jerusalén!

II.

REVERSO.

JERUSALEM! JERUSALEM! CONVERTERE

¡Oh recuerdos que abrazan nada menos que la duración de un mundo! Ciudad harapienta, con la cabeza reclinada sobre la falda del monte Sión, vives bajo el peso abrumador de la culpa que no prescribe jamás, teniendo por lecho ingentes montones de escombros que la profana piqueta redujo a polvo...

Ya el ascu de oro que doraba las cumbres de Getshemani pobló de sombras tus campiñas exhaustas de vegetación; por tus calles llenas de sedimentos no bullen las muchedumbres; el beduino y el sarraceno, impresa en su rostro la molicie, vagan errantes por aquellas tortuosas calles, sin otra luz en la mente, sin otro lema en la conciencia, sin mas impulso en la voluntad que el enervante fatalismo.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Dentro de tus muros, pulverizados por el ariete, existen solo expantosas ruinas, testigos permanentes de tu irredento pecado; por tus alrededores las áridas crestas de las montañas en donde solo vive alguna ética y solitaria mata de musgo; tus soberbias construcciones son hoy campo de desolación, donde se eruplan las pobres cabañas árabes, semejantes a sepulcros blanqueados; el águila del pueblo romano, el cedro soberbio, el jaspe y el pórfido, las auríferas arenas, las pomas de las odoríferas plantas, los dulces panales de las abejas del Libano, todo se cumplió según los vaticinios lanzados desde el aislamiento de la gruta. Cada nombre despierta un patético recuerdo; cada objeto encierra un misterio; los ruidos de la naturaleza, terribles acusaciones; los silbidos del viento, supersticiosas conminaciones; los ecos de las concavidades declaran el porvenir; cada cima de aquellos montes retumba con los acentos de un profeta...

Los torrentes, secos; las rocas, hendidas; los sepulcros, entreabiertos; los muros, derruidos; los árboles, descuartizados. ¡Todo empujado de terror desde que oyó la voz del Eterno: No quedará piedra sobre piedra!

¡Miseria Jerusalén, en cuyos recintos se pronunció la mas terrible sentencia; ciudad deicida: tus hijos no tendrán lecho donde recostarse y albergue donde guarecerse!

¡Maldita, maldita seas, Jerusalén!

Pendiente de la Cruz, pálido y frío, está Jesús en el suplicio infando...
Baja del monte el temerario bando con el rumor de despeñado río.

De la turba el confuso vocerío hacia Jerusalén se va alejando y va en los brazos de la Cruz colgando sus nieblas el crepúsculo sombrío.

Está la cumbre del Calvario sola...
Del muerto mártir á la frente santa el relámpago ciñe su aureola!

y a su luz, que desgarró el negro velo, brilla la Cruz, y crece, y se agiganta sobre la triste inmensidad del cielo.

JOSÉ DURBAN OROZCO.

LOS EVANGELIOS

No hay seguramente en el mundo libros sobre los cuales se haya meditado tanto como sobre los cuatro libros que escribieron, por inspiración divina, los evangelistas San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. Teólogos, críticos, filósofos, historiadores han hecho estudios de exégesis para reconstituir cada cual desde su punto de vista, los sucesos que se desarrollaron hace diecinueve siglos, cuando el Salvador vino á la Tierra para derramar su sangre por la redención del género humano.

Durante la época en que Baur fundó la escuela de Tubinga, y algun tiempo después, la crítica histórica no se dio punto de reposo para desentrañar la significación de la palabra revelada.

Removiéronse archivos y bibliotecas. Los libros se sucedieron unos á otros por docenas, y en las Universidades se crearon y sostuvieron largo tiempo cátedras de Historia Eclesiástica, Exégesis y Hermenéutica.

Segun la tradición, el Evangelio de San Mateo, el más antiguo de todos, fué escrito por el apóstol de este nombre en Jerusalem en lengua hebrea para el uso de los cristianos de aquella ciudad. De aquí que el Evangelio de San Mateo se haya llamado durante mucho tiempo Evangelio de los hebreos.

Los exegetas, que han pretendido encontrar con tradiciones entrn este Evangelio y los restantes, tienen que declararse vencidos, ante los textos, redactados en época distinta y en idiomas diferentes, y narrando los mismos sucesos relacionados con la vida del Salvador, con las mismas palabras y con los mismos giros.

Sobre episodios secundarios que no afectan en nada á la vida y á la enseñanza del Maestro, han levantado los críticos grandes fábricas de hipótesis, suponiendo contradicciones que en realidad no existen. San Mateo no discrepa en un punto de lo que dicen San Mateo y San Lucas.

Admitido uno de los Evangelios, es necesario admitir los restantes y afirmar la unidad de la obra sobre que descansa la Iglesia y los misterios sagrados del cristianismo.

Digamos breves palabras acerca de la vida de San Mateo.

Era el Santo, galileo de nación y publicano, ó sea recaudador de contribuciones. Tenia otro nombre por el cual era menos conocido; llamábase Levi, hijo de Alfeo, y así le dominan comunmente los otros evangelistas con el fin de ocultar su odioso oficio; pero él en su Evangelio no oculta su nombre primitivo. Los judíos tenían á los que ejercían este cargo por pecadores públicos y por hombres sin religion y sin conciencia.

Residia San Mateo en Cafarnaum, ciudad comercial y rica, situada sobre la costa del mar de Tiberiades, antes de que el Hijo de Dios le designase entre los elegidos.

Hallándose un día Jesús predicando cerca de la residencia de Mateo, se paró, miróle fijamente y le ordenó que lo dejase todo y le siguiera. En ninguna ocasión se mostró mas poderosa la gracia del Salvador.

San Mateo predicó la Buena nueva, segun unos en Persia y, segun otros, en Etiopia. Murió en este

país; degollado en el acto de celebrar misa, como dice muy formalmente el *Año Cristiano*.

El libro de San Mateo, al cual dió el mismo el nombre de *Evangelio*, se distingue de los demás por su carácter eminentemente discursivo, que forma contraste con el anecdótico de la narración de San Marcos y con el sintético de la de San Lucas.

En él está la página más bella del Nuevo Testamento, el sermón de la Montaña.

Mateo, aunque era el más sencillo y el menos letrado de los evangelistas, acertó á tratar el hermoso asunto, con una grandeza, una poesía y un arte maravillosos.

Atendamos á sus palabras que son palabras de Jesucristo

«Osteis que fué dicho á los antiguos: ojo por ojo; diente por diente.

Mas yo os digo: á cualquiera que os hiriere en la mejilla diestra, ofrezcad también la otra.

Osteis que fué dicho: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo.

Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos; ben decid á los que os maldicen; haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y os ultrajan.

Para que seáis hijos de vuestro padre que está en los cielos, que hace que el Sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos é injustos. (San Mat. cap. V.)

—Cuando ores, no seas como los hipócritas, que gustan de hacerlo en las sinagogas y los cantones de las calles para ser visto de los hombres.

Entrate en tu cámara, y cerrada la puerta, implora á tu padre: El que ve en secreto, te recompensará en público.

¡Divinas lecciones y enseñanzas en cuya práctica las naciones hallaran un manantial inagotable de salud y de vida.

RÁPIDA

Judas: hed aquí el hombre mas abyecto de todos los infames que tomaron parte en el horrendo asesinato de Jesús.

Ni los Jueces, ni los esbirros de ellos, ni los enemigos mas encarnizados del Justo, doctores de la Ley, ni la soldadesca maldiciente y desenfrenada, ni el pueblo frenético de sangre divina, al par que inocente, que perdonó á Barrabás, famoso ladrón, por el placer de crucificar al Hijo de Dios, ninguno es mas antipático que Judas.

Discípulo de Jesús, su acompañante, conocedor de sus virtudes, testigo de sus prodigios, saturado de lo recto, lo sublime y lo santo de su doctrina, no tiene inconveniente en entregarlo, en venderlo y en perderlo por una mala pasión, por la avaricia: toma treinta dineros, y señala con asqueroso ósculo á la turba perversa, cual es la víctima propiciatoria. En su corazón duermen los sentimientos humanos y dignos, su alma es conquista segura de Satán.

Jesús es preso, y el réprobo presencia su pasión ignominiosa elevada á gloriosísima página, á acto grandioso que venera la humanidad entera, que conmemora y que llora; al que considera como su salvación: de aquí su grandeza y su misteriosa valía.

Considerando por último, que obró mal, que vendió la Justicia, la Mansedumbre, al Hombre-Dios, estimó el discípulo perverso que su acción no podía ser perdonada; que no había renisión para ella; su conciencia despertó con remordimiento intenso, y lejos de pedir misericordia al Dios amante, al Padre justo, desesperó y se aborreció, yendo su alma á la reprobación eterna, pudiendo haberla salvado el arrepentimiento sincero, que el Padre perdona, siempre que el hijo reconozca sus hierros y haga penitencia.

Judas es; antipático discípulo, hombre duro de corazón, y espíritu raquítico; al nombrarle el hombre, siente repugnancia, y execra su memoria.

Así vivió y vive en la historia ese ser repugnante, el mas de todos que los que tomaron parte en el martirio del Justo, que representa la traición y la avaricia: la soberbia y la impenitencia.

GARCÍ-TORRES.

El trébol de Judea

La historia que voy á referiros es tan sencilla y poética, que no he querido dejarla al silencio.

En los campos de la Judea, nació una humilde y pobre florecilla, á quien la naturaleza por abandono ó descuido, se había olvidado dotarla de alguno de sus dones. Carecía de hermosura y perfumes; ninguna virtud se la conocía; nadie quizá había visto aun su cáliz, ni los pequeños pétalos que la adornaban.

Sensible, se dolía del olvido á que estaba condenada y su tallito como deblegado á impulso de su melancolía, se inclinaba hacia el suelo ocultándola por completo: su lozanía se tornaba muerta apenas acababa de nacer; la tenue y leve brisa la robaba sus hojas, y cuentan, que las gotas de rocío que sobre ella aparecían, eran lágrimas arrancadas del fondo de su cáliz.

Cuando hubieron llegado al monte de las Olivas, separóse Jesús de sus discípulos y se internó en una pequeña gruta. En ella oró un largo rato y su angustia fué indefinible: sus tormentos y crueles martirios se le representaron con gran viveza y precisión y fué tal el tormento de su dolorosa agonía, que en su frente brotó un copioso sudor, cuyas gotas eran de sangre.

Cuando se disponía á marcharse, llamó su atención una florecilla que alzabase de su tallo todo cuanto le era posible; aquel pequeño ser seguía sus movimientos, y se inclinaba ante su presencia; parecía atraerle la magestad del Creador con una fuerza irresistible: buscaba sus miradas con el mismo ahínco que el acero busca al imán, como la brújula la dirección del Norte, como si un poder sobrenatural le obligase á ello.

El Señor inclinóse ante la débil planta, y al hacerlo, una gota de sangre resbaló por su mejilla riñendo de encarnado los pétalos de la flor, donde vino á posarse.

Jesús cogióla amorosamente; y adivinando una súplica contenida en su diminuto cáliz, murmuró algunas palabras misteriosas, y salió de la gruta.

Desde entonces la florecilla que se ostenta

ba pobre y olvidada, ha sufrido una completa transformación: sus hojas, niveas antes, son ahora levemente rojas; al rededor de su cáliz se vé esmaltada una corona de espinas, y éste exhala un perfume delicioso y suave. Su tristeza y su pena ha desaparecido; sonríe á los dulces besos de la brisa, y al claror de la mañana su corola se vé cuajada de rocío: son lágrimas de ternura y agradecimiento que dedica al Redentor.

La flor que ostenta ese emblema divino y misterioso, es la que se conoce con el nombre de *trébol de Judea*.

Mercedes Sánchez.

LA VIRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ

Estaba en honda agénia
al pié de la cruz llorosa
la Madre Virgen María,
y de la cruz afrentosa
el Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
herido y alanceado,
y en el madero derecho
desconocido y deshecho
el cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas
de ambos pies y de ambas manos,
que cayeran divididas
á no estar tan sostenidas
en brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea
ofrenda tan santa borre,
la hirviente sangre gotea,
y en el peñasco en que corre
avaro el viento la oreja.

Allí por tierra postrada
moribunda y desolada
la castísima María
con el suplicio abrazada
la ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero
asombrado la miraba,
que sola en dolor tan fiero
á su Dios muerto lloraba
al pié del santo madero.

— ¡Ella llora y yo pequé!...
¡Madre amorosa, perdón,
que yo le crucifiqué,
yo su sangre derramé
y manché la creación!

Yo le robé de tus brazos,
sin respeto á su deidad;
le até con estrechos lazos
para arrancarle, es verdad,
las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor
mesándote los cabellos
al verdugo matador
tendiste los brazos bellos,
demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa
Tú, Madre de Dios bendita,
pálida la faz de rosa
te prosternaste llorosa
ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué,
que si te vieron acaso
los hombres en quien pequé,
cual brezo que estorba el paso,
te apartaron con el pié.

¿Tú hollada, Virgen, así?...
¡Tú, que pisas de rubí
vistosa, viviente alfombra,
y besa el ángel tu sombra
si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,
del ardiente sol vestida,
y de la luna calzada,
tan triste y tan dolorida
por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,
cuando una lágrima tuya
el mundo rescatara,
cuando el tiempo le concluya
en el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto
cuando al sol prestan su luz!
¡Oh, Madre; por tal quebranto,
que me salve á mí tu llanto
al pié de la Santa Cruz!

José ZORRILLA

Guadix.—Imp. de El ACCITANO en arrend.

Anuncio.

En subasta extrajudicial, se arrienda el coto espartal del cortijo de Almídar, el día 2 de Abril próximo, bajo el pliego de condiciones que se hallará de manifiesto en la casa del que suscribe, calle de Santiago, número 29.

Guadix 1.º de Marzo de 1902.

El Administrador,
Joaquín Caballero.

EL ACCITANO

PROVINCIA DE

Sr. D.